

DISCURSO

pronunciado por el doctor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el 6 de abril de 1932, para conmemorar el segundo centenario del nacimiento de D. José Celestino Mutis.

Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono del Colegio;

Excelentísimo señor Arzobispo Primado, Rector Honorario;

Respetable Claustro;

Señoras, señores:

En una tarde de octubre, veintitrés años hace, el Gran Rector presidía la inauguración solemnísimamente del bronce augusto que perpetúa entre nosotros la semblanza del Arzobispo Fundador, y muchos de los aquí presentes recordamos con qué emoción vibrante saludó entonces esa efígie tutelar que no sólo es imagen de una vida que fue, sino trasunto de un espíritu descendido del cielo para morar perdurablemente en este Claustro.

Y recordaréis también que no bastándole su propio avasallador entusiasmo para enaltecer a Fray Cristóbal de Torres, evocó las grandezas del Colegio Mayor y su progenitura de varones preclaros y de próceres creadores para que fuesen a un tiempo testigos de la apoteosis del Fundador, justificadores de su obra y resplandores de su inmortalidad.

Entre ellos oímos nombrar a don José Celestino Mutis. Más justo sería decir que le vimos restituído a la existencia merced a las palabras fervientes del Maestro: «Ved—nos decía—entra por la puerta mayor un sacerdote de

tostada tez, de grave continente. Es aquel apellidado por Linneo 'nombre imperecedero que ninguna edad será poderosa a borrar', el amigo de Humboldt, el mayor sabio de España, y uno de los primeros de Europa en el siglo décimo octavo, don José Celestino Mutis. Penetra a aquella aula, siéntase en la cátedra; sus alumnos se llaman Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Crisanto Valenzuela, y muchos más de nombres igualmente ilustres. Los discípulos, andando el tiempo, se trocaron en compañeros del egregio Maestro, en miembros de la Expedición Botánica memorable».

Al cumplirse hoy doscientos años del nacimiento de Mutis, Patriarca de la ciencia americana, Maestro admirable en obras y en palabras, honor de España, prez del sacerdocio, lumbré de este Claustro y artífice eficaz aunque indirecto de nuestra soberanía nacional, ¿qué otro homenaje podremos ofrecerle que el de recordar su vida para rastrear en ella algo del secreto de su genial y multiforme actividad, eso que le confiere derecho para mostrársenos como padre de la patria y modelador de la República?

Mutis, sabio y constante pesquisidor de arcanos y valores naturales, daría de sí mucho con qué embebercer a otros sabios y a otros descubridores; pero con ser exquisita esta calidad, tanto que sólo a los muy peritos y aventajados les es dado estimarla, no nos franquea por sí sola el por qué y la última razón de la grandeza de Mutis. Desde su época hasta la presente las ciencias naturales, aguzando la vista y centuplicando los alcances de la observación, han esclarecido muchos enigmas y sorprendido numerosas leyes, han planteado también nuevas y amplísimas cuestiones. Dijérase que la naturaleza comprende y siente la inacabable e inexhausta complicación y opulencia de sus energías, no menos que la sutil curiosidad humana que no se satisface sino andando de conquista en conquista.

Entre esa opulencia y esta curiosidad está pendiente

un desafío portentoso. Un día asistimos a los avances de la razón y la vemos alzarse triunfadora del agramante de los laboratorios: como un imperator de los antiguos tiempos, trae encadenado y rendido entre las cadenas de una fórmula el principio o la ley que enantes se esquivaban tras el fenómeno inconstante; y otro día, como que la misma razón se desentiende de su propia victoria, y salteada por otros misterios y otras lejanías y otras posibilidades que allí mismo columbra, se encoge, rendida y abrumada a su turno, para prepararse otro descubrimiento al amparo de una ensoñación silenciosa.

Parecidos a Moisés han sido los sabios de todos los siglos: como él, dan testimonio de maravillas negadas a los ojos del vulgo; como él, pero en el orden natural, son promulgadores de normas divinas; como él, sufren la contradicción de la estulticia y de la rutina desalumbrada que piden ollas de carne cuando se les ofrece maná de entendimiento; como él, se fatigan en los desiertos de la investigación; como él, hieren las piedras para que broten fuerzas caudalosas; como él, porfían con las multitudes para salvarlas; y como él, fenecen lleñándose los ojos con las primeras claridades de una tierra de promisión que es la ciencia que presienten y que adivinan en lo por venir.

Pero ¿quién no advierte que en estos empeños científicos, ni más ni menos que en todos los empeños humanos, valen mucho el logro de cada conquista y la novedad de cada hallazgo, pero valen incomparablemente más y son más decisivos para el amaestramiento y cultura de los hombres, el ánimo, el carácter y la índole del conquistador y del inventor?

No es en el arte de la guerra una batalla ganada o perdida lo que define y constituye al héroe legendario; no es en el arte de la política un acierto o un desacierto lo que consagra o deshace al conductor de pueblos; no es en el campo moral un acto bueno o un acto malo lo que puntualiza al justo o al perverso; nó, es una manera de energía interior, ordenadora e inspiradora perenne de la actividad, es una

tendencia o temple infatigable, superior a las vicisitudes circundantes; es un poderío que ni desmaya en lo adverso ni se tuerce en lo próspero; es la obsesión del triunfo que embarga y especifica a todas horas el espíritu del Libertador; es la reciura de alma que «cuanto más se corta más renace» en los forjadores de la República; es el conato insomne del que va en pos de Dios subyugando su propia mortalidad dolorosa; es en Goëthe, la pertinacia engendradora que en cincuenta años no acaba de acendrar en Fausto el mito de la vida universal; es en el sabio, la angustia exploradora con que Pascal trasciende lo mínimo y lo máximo para interrogar dos infinitos.

¿Qué es entonces lo que vale en Mutis, y por qué lo estamos celebrando hoy a par de los más excelsos y empujados ingenios, como lo celebraron ayer Linneo por inmortal, Bompland por maestro indiscutible, Cavanilles y Wildenow por príncipe de sabios, Humboldt por tan admirable y único, que a trueque de verle se desvió trescientas leguas, y ésas penosísimas, del rumbo que llevaba hacia el Perú?

Temo que os parezca insólita la insinuación de que ni los trabajos ni los descubrimientos de Mutis explicarían por sí solos la fama que le acompañó en vida y la veneración con que rodeamos su memoria. Después de él, la naturaleza ha prodigado sus revelaciones, y es obvio que la historia científica de estos últimos años ofrece una sucesión acelerada de inventos, de aplicaciones y de experiencias que unas veces enmiendan y otras veces rebajan o humillan lo que hace siglo y medio se tuvo por adquisición no menos espléndida que definitiva. Cotejado con el acervo científico de que ahora disponemos, el que juntó Mutis parece por algunos aspectos un puro balbuceo, un anticipo genial, si os place, pero anticipo al fin y al cabo. ¿Queréis la prueba? Pues decidme cuántos son y dónde están los que se desojan estudiando los escritos de Mutis, decidme qué ediciones de sus obras corren por el mundo. De verdad, señores, que es caso peregrino éste de un sabio

que al trocar la vida por la gloria del cielo, se llevaba también un pasaporte de inmortalidad literaria, muy bien refrendado por los más ilustres de sus coetáneos europeos y americanos, sin que eso haya contribuido gran cosa a darnos voluntad y apetito eficaces para conocer sus obras, cuya mole increíble ahí se está depositada en el Jardín Botánico de Madrid desde 1817, y siempre «en espera de una mano inteligente que la saque a la luz de una vindicación retrospectiva», como ha dicho el doctor Diego Mendoza (1). Luego no es la cantidad ni la calidad de los trabajos de Mutis, no son sus diez mil folios de dibujos y manuscritos inéditos, no es su influencia sobre los naturalistas posteriores, lo que anima e informa estas conmemoraciones centenarias, nó, es el *hombre* mismo lo que nos mueve, es el temple singularísimo de su ánimo, es la unidad y sinceridad de su vida, realización tranquila, robusta e integral de una vocación sin desfallecimientos y de una certidumbre permanente.

El más o el menos de los resultados obtenidos por Mutis, no me importa; que en siglo y medio no haya sido posible reunir allende o aquende los mares los dineros necesarios para salvar la incomparable *Flora de Bogotá* de la fatalidad de lo inédito, no me admira; que el soberbio manuscrito de la *Historia de los árboles de quina* vaya a París como simple dechado de caligrafía y de diseño (2), no es precisamente un argumento de la estimación que se hace de Mutis como sabio, pero pasémoslo por alto; dejadme decir que en Mutis, como en todas las cumbres humanas, como en todos los varones representativos, el hombre vale más que sus obras.

Con qué gozo hago esta afirmación aquí, en el Mayor del Rosario, donde el Colegio Mutis abrió y regentó sin estipendio (3) la primera cátedra de Matemáticas del Nuevo Mundo! Si su nombre nos es tan preciado, si la gloria de llamarle *nuéstro* no tolera comparaciones, no es, nó, porque un día de 1762 comenzara a explicar el curso de Benito Bails (4), o porque en 1802 reclamara un laboratorio de Química para aventajar el estudio de la Medicina

en este mismo Claustro (5); es porque Mutis pasó por acá mostrando en sí mismo el tipo de la lealtad científica, de la subordinación de toda una existencia a un alto ideal, del desinterés perfecto, de la investigación aquilatada, del amor genuino y fundamentado a la Patria, que es fruto de abnegación y de trabajo, no de exaltaciones vocingleras y gárrulas. Por aquí pasó Mutis para dar a los Rosaristas perpetuo ejemplo de la capacidad de concebir y de poner por obra grandiosas y bien encadenadas síntesis de prosperidad nacional tan distantes de la mezquindad que vive de ochavos ruñosos, como de la locura fastuosa que de un sol a otro toca los términos de la magnificencia y de la inopia. Por aquí pasó Mutis enseñando, es verdad, relaciones, armonías y proporciones numéricas, pero notificando también a la juventud estudiosa que ella sería —repite textualmente sus palabras— «el ornamento de la República y la expectación de los patriotas» (6) que no sé si son voces de precursor o profecías de vidente; aquí dijo Mutis, condensando el programa de la enseñanza rosarista, aquella otra sentencia que debería esculpirse sobre las puertas de toda institución docente: «La equidad y la justicia piden que no se engañe al público y a los interesados, manteniendo en el gremio de una ciencia a los incapaces que serían útiles al Estado en otra profesión o carrera» (7). Y me imagino, en fin, que cuando Mutis dejó su cátedra del Rosario porque la expedición botánica le llamaba y le urgía, versadísimo como era en la sabiduría del Evangelio, sacó de él la suprema despedida a sus colegas y discípulos: «La verdad os hará libres». ¿Quiénes la oyeron?.... Eloy Valenzuela, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas....

¿Me atreveré a llamar a Mutis *revolucionario*? Tan desacreditado anda este vocablo que parece afrenta aplicárselo a quien nos dejó señaladísimos ejemplos de recato en el vivir y de mansedumbre inteligente. Y, sin embargo, me tiento el antojo de llamarlo así, contando con que vosotros me permitiréis rehabilitar el calificativo.

El cual, a mi entender, padeció mengua y mancilla desde el punto en que sirvió para designar al alborotador medio inconsciente que con ojos de iracundia, lengua de beodo y ademanes de bestia, anuncia el advenimiento de la torpe violencia. Revolución y revolucionario no significan eso, nombres son de erguida y noble contextura que sólo cuadra a los actos y a los hombres que en un momento decisivo rectifican y compasan el ritmo de la vida.

Porque vivir no es dejarse llevar sosegadamente por una corriente de sucesos, vivir no es profesar el culto resignado de los hechos cumplidos, vivir no es instalarse sabrosamente en la rutina; vivir es caminar hacia la verdad, es andar anhelantes en busca de la plenitud del ser social e individual, vivir es, así en lo estrictamente humano como en lo misteriosamente divino, atenerse al apremiante y deslumbrador mandato de Jesucristo: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto» (8).

En este viaje hacia la perfección marcan un ritmo infalible las leyes morales y las leyes físicas. En ocasiones la mala conciencia, que es siempre conciencia interesada, anula, corrompe o falsifica las primeras, así como la ignorancia y los prejuicios atajan o comprometen el desarrollo de las segundas. Aparezca entonces un hombre con bríos y autoridad para volver por los fueros intangibles de la ley moral, o para desembarazarle el campo a la aplicación de las leyes físicas, y ese tal será un revolucionario. ¿Fueron por ventura, otra cosa los apóstoles del cristianismo cuando renovaron la faz de la tierra apartándola del ideal pagano y orientándola hacia el evangélico? ¿Se obró o no se obró una revolución cuando fueron reconocidos el microbio y la célula? ¿Fueron o no fueron revolucionarios los que cancelaron algún estatuto que ya no bastaba para asegurar el pro común?

Ahora sí convenid conmigo en que Mutis, apacible sacerdote colonial, plácido e inocente contemplador de la naturaleza, hijo adoptivo de la tranquila Santafé, fue un revolucionario y que sus discípulos lo fueron así mismo.

Notemos, eso sí, que no es revolucionario de este jaez el que *quiere*, sino el que *puede*.

De solos veintiocho años, y ya médico graduado por Sevilla, va don José Celestino camino de Cádiz, donde se embarcará para estas tierras con el Virrey Messía de la Cerda. ¿Véisle un poco desmañado y un mucho absorto, tejiendo y destejiendo allá adentro y a sus solas los hilos del pensar, mientras cabalga en un mulo asombradizo? (9) No os engañen su semblante bondadoso y sus ojos entrecerrados: ajeno le creyerais al trajín cotidiano de un viaje sin halagos ni aventuras, cuando en realidad va ensayando sobre todo cuanto se le presenta las fuerzas fecundas de una crítica y de una observación afinadísimas. Mutis es de la ralea de Don Quijote, y, como él, posee el dón divino de ver lo grande en lo pequeño; por eso embiste el úno contra un ejército de paladines fantásticos de nombres y armaduras resonantes, allí donde el vulgo no percibe sino el manso tropel de unas ovejas; y el ótro comprueba y verifica el sistema Linneano o imagina las bases de la historia natural de las Españas, allí donde los arrieros, sus acompañantes, apenas descubren una yerbezuela despreciable.

Ojos y oídos le sobran a Mutis cuando se trata de justipreciar hombres y cosas, y es su entendimiento como un prisma que descompone y reduce las apariencias habituales. No le engaña el Tío López con su trato espléndido, su garbo rumoso y sus deprecaciones prolijas, porque Juégo advierte que las gentes de esta calaña «son habilísimas en hacer el papel de santo o el de escandaloso, según mejor convenga a sus intereses» (10); no le entusiasma el majestuoso médico de Malagón, sino que le hurta el cuerpo visto «que sobre tener todos los resabios de los tunantes valencianos, era aficionadísimo a las disputas escolásticas que sólo se resuelven con ventaja para los habladores sempiternos» (11).

Mas las flaquezas humanas y los desengaños que acrean no entretienen mucho tiempo a Mutis. La comarca misma que va atravesando y sus menores circunstancias

le cautivan potentemente, aun cuando parece paupérrima en novedades y maravillas naturales. Grande y primera lección es esta de patriotismo genuino, porque no se ama bien sino lo que se conoce justamente, y así, no hay patria sino cuando a poder de inteligencia y voluntad se penetran y unimisman los hombres y el suelo que les corresponde. Entonces sí que puede decirse que el hombre es el alma de su tierra, que lo que a ella vulnera, a él lo hiere, y que la tierra, así animada, es el órgano inmenso que traduce todos sus sentimientos: desde el artístico que la adreza y engalana, hasta el social que funda y organiza las nacionalidades típicas; desde el económico y expansivo que preside a las industrias peculiares que para los propios son bienestar competente y adecuado y estable, y para los extraños son utilidad reconocida, hasta el mismo sentimiento poético que le roba al suelo y a la naturaleza las formas e imágenes con que ha de arropar las temblorosas creaciones de la mente.

Mutis está en Cádiz, y mañana le encontraremos a bordo de la «Castilla», que le dejará en Cartagena. Un mundo de proyectos bulle delante del sabio y del descubridor: ni los insectos de la nave, ni los pájaros que otean las aguas, ni los peces voladores que resbalan al ras de las olas, ni las algas luengas y ondulantes, escapan a sus estudios; tampoco dejará de reparar en el gobierno del buque, ni en las singularidades de sus moradores, ni en las demasías de la chusma... (12). Si estos son los aprestos y estas las vísperas de la carrera de Mutis, ¿qué hará cuando tenga presente la inexplorada magnificencia tropical, paraíso nuevo de los naturalistas y Hespérides milagrosas donde cuajan todos los portentos, y que apenas han sido avizoradas desde lejos por Jacquin el de Leyde?

Al señor Virrey de La Cerda y Cárcamo, Marqués de La Vega de Armijo, le daban más cuidado— así lo cuenta Mutis— (13) las dolencias que le afligían en realidad o que recelaba en lo futuro, que todas las averiguaciones de su médico. Si S E. hubiera visto más a lo hondo y más a

lo lejos, no sé yo si habría hecho escrúpulo de llevar en su séquito a don José Celestino. Porque ese hombre que tenía tan ahincado en el corazón el afán de escudriñar la naturaleza, forzosamente lo traspasaría y comunicaría a los jóvenes del Virreinato, y una vez que ellos se percataran de los arcanos, riquezas y prometimientos de su tierra, ¿cómo no habría de ocurrírseles ser señores de ella, cómo no habrían de comprender que sería dulce y decoroso morir por una patria que tan amorosamente habían investigado? Y mirad también, señor Virrey, que sería menos arriesgado llevar con vos algún buscarruidos truculento o algún perdonavidas arriscado, que no un pensador a estilo de Mutis, porque a esos los meteríais en cintura por la fuerza cuando pretendieran encabezar alguna mesnada en rebeldía, pero a este portador de ideas, a este manso despertador de inteligencias, ni vos, ni Su Majestad podréis acusarle de atentado contra las prerrogativas reales. Es, señor Virrey, que a los hombres de pensamiento lo que menos les interesa es la ambición de autoridad, conténtanse siempre con aquella moderada influencia que sus ideas pueden tener sobre los espíritus capaces de comprenderlas.

Y como el caso de Mutis no fue aislado, yo diré aquí que a España le debemos nuestra propia independencia. Ni penséis que estoy fabricando paradojas. «Si nuestros gobernantes—ha dicho Menéndez y Pelayo—no llegaron a prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse con la ciencia pura, sino que habrían de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma imprevisión es para sus nombres un título de gloria». Por donde se ve cómo el sabio José Celestino Mutis, sin apenas pensarlo, fue un verdadero precursor de la nacionalidad colombiana.

Pero volvamos al naturalista que ya va subiendo el río de la Magdalena. Poco lugar hay en su diario para las penalidades infinitas de semejante travesía, lo hay, en cam-

bio, dilatadísimo y casi exclusivo, para traducir el perpetuo pasmo de andar de maravilla en maravilla, repitiendo siempre a lo largo del camino lo que escribió en el playón del Palmar: «Ningún sitio tan ameno, ni tan delicioso para un botánico europeo.... por el corto espacio de una playa me hallé con un crecido número de plantas no vistas, y unas por nuevas, y otras por no observadas, todas llamaron igualmente mi atención» (14). Cargado así de riquísimos datos, se imagina Mutis estar ya recogido a la quietud de Santafé para ordenarlos y transmitirlos a sus correspondientes de París y de Londres, de Estocolmo y de Berlín; pero no contaba con su oficio de médico, y fue una misma cosa llegar a esta ciudad y despedirse «de todo aquel ocio que pide un estudio serio» (15). Menudeaban las consultas, llovían los compromisos, flaqueaba su propia salud, y perdía Mutis la paciencia ante la insensatez de los santafereños. Porque nunca se ha registrado farmacopea más homicida y supersticiosa que la de aquellos antepasados nuestros, rematadamente fatuos—así lo dice Mutis—en asuntos de medicina, porfiadamente crédulos en absurdas consejas tradicionales, ávidos de secretos curativos ridículos, temerosos y provocados a un tiempo de alguna estupenda y sigilosa intervención diabólica, fidelísimos, sobre todo, en observar ajustadamente todo régimen que preconizara por prenda de eficacia, las más desastrosas inmundicias (16). Aquí fue donde Mutis comenzó a esgrimir el arma de su crítica y a desafiar los desatinos de la credulidad bobalicona, tenaz y dañina que fue característica en aquellos tiempos y que no sé si haya sobrevivido a los tajos y reveses del facultativo gaditano.

Por esos días escribió Mutis: «Hállome sumergido en las amarguras de la medicina, con las puertas cerradas a todas mis ideas, y sin el tiempo que yo deseara para emplearlo en el estudio de la naturaleza» (17). Mucho más le faltó cuando en 1762 se le presentó el rector de este Colegio Real Mayor de Nuestra Señora del Rosario a pedirle

ahincadamente que viniese a leer medicina en el claustro; instancias baldías, porque Mutis—ignoro sus razones—no consintió en ello. Propúsole entonces la cátedra de matemáticas, que sí aceptó, y con ella, la beca de colegial (18).

Tal vez me ciega la veneración indecible que profeso a este Colegio, tal vez me subyuga su grandeza secular, tal vez aquella veneración y esta grandeza me obligan a buscar dondequiera nuevos motivos que abonen y exalten ante la República esta incomparable institución tan estrechamente ligada a los destinos patrios, pero, ¿cómo no sentirnos ufanos al saber que si Mutis fue el sabio y el precursor y el revolucionario que hemos dicho, este Colegio le comprendió antes que nadie, y por eso le alzó sobre la cátedra y le dio oyentes y le hizo reconocer como maestro?

Jamás, andando el tiempo, olvidó el Colegio a su cate-drático; cuando allá fué su memoria iba entrando ya en los yertos limbos del olvido, este viejo claustro, con el concurso del Gobierno nacional, le ofrendó el monumento ciertamente único de la Quinta que se honra con su nombre. No suelen los hijos de Fray Cristóbal contentarse con palabras, obras quieren y obras duraderas ejecutan para honrar a los maestros: ayer levantaron la fábrica conmemorativa, hoy bajo la mirada del Sabio, las enseñanzas y tradiciones del Claustro Mayor se prolongan allí en obsequio a la primera juventud; mañana.... acoged mis sueños y dadles existencia, ¡oh hijos del Colegio, oh nobles ciudadanos!.... mañana, ¿por qué no hemos de crear allí mismo para perpetuar nuestra gratitud al «sacerdote de Dios y de la naturaleza» (19) el primer intento de jardín botánico de esta capital?

La presencia de Mutis en la cátedra de matemáticas del Rosario, primera del Nuevo Reino y aun del Nuevo Mundo, equivale precisamente a una revolución. El criterio de autoridad, insustituible y perentorio cuando se trata de lo que sabemos y creemos por fe sobrenatural, se aplicaba todavía de este otro lado de los mares a las cuestiones científicas para mayor confusión de ellas y general

estancamiento de las inteligencias. La frase os parecerá trajinada, y lo es sin duda, pero también es cierto que sólo así se explica cómo la defensa del sistema copernicano le costó a Mutis verse envuelto en un proceso y denunciado por herética pravedad ante la suprema Inquisición de Castilla. Y si lo que dije del estancamiento pareciere extremoso, vais a saber del propio Mutis cuál era el tenor de las mentes santafereñas: «Si hubiere de ir anotando—escribe a un su amigo—las ideas extravagantes de los hombres del país, me faltaría tiempo para apuntarlo. Es increíble que en nuestra época pueda haber país donde sus individuos piensen tan erradamente. Yo, en tales ocasiones, no hallo otro recurso que tomar sino el silencio, por no exponerme a unas contradicciones insoportables.... Oír contar a estas gentes algunos efectos de la naturaleza es pasar el tiempo oyendo delirar a unos locos.... Que esto sucediera entre viejas ignorantes o entre hombres nada instruídos, no causara mucha admiración; pero que las mismas relaciones oiga un viajero en boca del vulgo, que en la de los que se tienen por más racionales...., para esto no hay consuelo... Dé usted gracias al cielo de no hallarse aquí donde la racionalidad va tan escasa que corre peligro cualquier entendimiento bien alumbrado» (20).

De estos entendimientos bien alumbrados los había numerosísimos entre la juventud. Se desentendió, pues, Mutis de las gentes mayores, irreformables por machuchas y avejentadas, y puso en las manos de la edad floreciente las normas, criterios y métodos de la demostración racional y de la experimentación sesuda, hizo que tocasen y sintiesen la realidad de la naturaleza, y en la juventud del Virreinato se cumplió la fábula de Anteo. Tal fue la labor de Mutis en la cátedra rosarista, en la Expedición Botánica y, ya avvicinándose a la muerte, en la Sociedad Patriótica (21). Ah! y no pensemos que Mutis lisonjeaba atropelladamente a la mocedad brindándole con honras y provechos inmediatos, mostrábale más bien fines y propósitos, de esos que sólo al cabo de una vida laboriosa y aus-

tera pueden verse logrados: «el honor de la nación, la utilidad del público, la extensión del comercio, la ventaja de las ciencias, la riqueza del erario y la gloria de los gobernantes» que tales empresas prohicieran (22).

Luego no fue Mutis de aquellos profesores cuyo magisterio engendra discípulos ensimismados y egoístas, sin otro horizonte que el muy angosto de sus satisfacciones personales. La innegable originalidad de este sabio consistió en que sus trabajos se enderezaron siempre a procurar engrandecimiento a la patria y desahogado bienestar a la ciudadanía.

Porque era él ante todo varón bueno que había nacido para difundir en torno suyo la bondad. Los griegos, con Aristóteles a la cabeza, habrían compendiado en la concisión de este apotegma, todo su panegírico; Mutis lo mejoró consagrando mediante el sacerdocio su vocación benéfica y a la par contemplativa (23). Esas relaciones que enlazan las muchas y variadas esencias del universo material fueron para él punto de apoyo para lanzarse de un vuelo hasta el inefable principio de donde todo mana y se deriva; allí reconoció la eterna y purísima fuente de bondad en la cual residen y de la cual perennemente fluyen los arquetipos de cuanto es sublime y bello y útil en el mundo físico, y de cuanto es honesto y santo en el moral; allí encontró como en escondrijo secretísimo la inquebrantable fortaleza que gobernó sus actos y les hizo producir acordes sobrepujantes de ciencia y caridad.

Quizás tengamos oídos para percibirlos y compensar muchos desvíos y sinrazones que afligieron a Mutis. No quiero hablar del panameño López Ruiz—Isariote de esta historia—charlatán aventurero que dio en la manía de disputarle el hallazgo de la quina, para ejercitar al descubridor en un continuo sufrimiento de quince años (24), y usufructuar las mercedes del soberano y los doblones de las cajas reales; de paso, nada más, haré alusión a la simplicidad santafereña, que ya en aquellos tiempos sabía condenar y menospreciar por extravagantes y raros a los

que no alcanzaba a comprender ni podía resignarse a admirar. ¡Mutis raro y Mutis extravagante! era inevitable que se le regalasen estos motes, siete veces maldecidos, a quien prefirió ordenarse de sacerdote aquí y no en España para excusar honores y dignidades que cuando son solicitadas con intriga, recibidas con fruición y guardadas con empeño denuncian la incurable nulidad del pretendiente (25); Mutis raro, porque «la inseparable melancolía de su constante padecer amarguras y emulaciones»—notad que son palabras suyas (26)—le volvió retraído y reservado, o «le hacía proferir con santa ira que darían estrechísima cuenta a Dios los que no remediaban el letargo en que yacían estos vasallos»; Mutis extravagante, porque impugnaba (también es cita literal) (27) «a los que contentos con lo que aprendieron de sus mayores o por sí mismos, creen que no hay otra cosa que saber»; Mutis extravagante, porque se hizo apóstol de la inoculación de la vacuna (28), y porque anteviendo la filología comparada, se dio a la tarea de coleccionar gramáticas y vocabularios aborígenes «para salvar la preciosa antigüedad de estos idiomas» (29); Mutis extravagante, «porque no le seducían las fiestas del Virrey y huía de ellas para librarse de los enconos que produce el trato de las gentes» (30). No fue, ya lo veis, fácil ni gloriosa la carrera de Mutis entre nosotros, tal vez por aquello de que «nadie es profeta en su patria», axioma que el sabio glosaba de esta suerte en una carta al Secretario del Arzobispo Virrey: «¿Qué progresos podrá hacer un hombre sin protección y con la nota de distraído de ideas extravagantes, según estos sabios de otro tiempo, en el Palacio y en la capital del Reino?» (31).

Aun cuando todo bien mirado, ¿por qué no habían de acertar los santafereños al vilipendiar como extravagante, raro y original a Mutis? Si no estoy equivocado, fue Dostowiesky quien escribió en un prefacio célebre: «Antes de mofaros de esos que apellidáis originales, pensad que tal vez lo son porque agotaron el contenido ideológico de su siglo y han principiado a vivir y a pensar en el siguiente».

Originalidad es ésta que no tiene nada de ridículo y sí mucho de admirable, visto que se opone diametralmente a la flaqueza esencial que abrió camino al desbarate de las antiguas civilizaciones. Ellas, en efecto, estuvieron más atentas a la glorificación de lo pasado que a prevenir las contingencias del futuro.

Supondréis sin dificultad que eran muy otras las opiniones comunes y corrientes en Santafé; ellas determinaron a Mutis—Dios sabe con qué apremio—a dejar la ciudad y trasladarse primero a las Vetas de Pamplona y luego al Real del Sapo, en jurisdicción de Ibagué, para dirigir el laboreo de las minas, industria que, a su entender, podría convertirse en copiosísima fuente de riqueza. Mas proseguía juntamente y en medio de miserias increíbles sus trabajos de historia natural con la firme resolución—es él quien lo afirma—«de concluir sus días en aquella hórrida soledad del Sapo, dejando a la piedad del Rey la edición de sus obras y la satisfacción de sus deudas» (32).

A no ser por la llegada y visita del Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, ese habría sido el final destino de Mutis, y allí habría fenecido el hombre famoso a quien desde París escribía M. Le Blönd, médico naturalista del Rey: «Habré recibido cerca de veinte visitas de los botánicos más célebres de Europa, no más que porque saben que he visto y conozco a usted» (33). El contraste no puede ser ni más elocuente ni más doloroso.

De la entrevista que tuvieron en Ibagué el Virrey y Mutis nació propiamente la Expedición Botánica. El prelado magnífico comprendió al sabio humilde y se persuadió a que estas colonias del hemisferio septentrional americano no eran sino un diamante en bruto, de irradiaciones increíbles el día que le acabasen de descubrir y le pulimentasen de consuno las ciencias naturales y matemáticas, base de las económicas e industriales. Veinte años atrás, nada menos, se había cansado Mutis de hacer representaciones y de multiplicar memoriales a su Majestad en este sentido, sin lograr audiencia ni despacho (34), tal vez

porque en las Cortes las razones no se estiman por ser razones, sino por los patrocinadores y abogados que las sustentan, o porque Mutis al fin y al cabo no era sino Mutis, quiero decir, sabio de entre casa y nacional, y por lo mismo desestimado y hasta sospechoso. Que algo hubiera de esto nos lo certifica el biógrafo Gredilla que advierte lo que vais a oír: «Sabedor el Arzobispo de que el Rey había concedido permiso a Humboldt para visitar nuestras colonias de América, le pareció depresivo para España que los extranjeros se adelantasen a investigar científicamente aquellos dilatados países, arrebatando así a los españoles el legítimo orgullo y gloria de los descubrimientos; por lo cual anticipándose a la Corte, por sí y ante sí y sin autorización previa, estableció a principios de 1782 la Expedición Botánica y le dio por Director a don José Celestino Mutis y por colaboradores a don Eloy Valenzuela y a don Antonio García, ambos criollos del referido virreinato» (35). Gracias os sean dadas, señor Arzobispo, porque tuvisteis la audacia de creer y el valor de comprobar que los nacionales e indígenas sí eran capaces de acometer y rematar grandes empresas!

Casi dos años después recibía Mutis el título real de primer botánico y astrónomo de la Expedición (36); pero ya era muy tarde.... Por extraño que parezca, la tragedia del Maestro comenzó con ese nombramiento que le sorprendía sin alientos, agotado y enfermo por el rigor de los climas, urgido y apretado antes de tiempo por la senectud, y con la muerte al ojo, como suele decirse. Si cuando una y otra vez solicitaba veinte años antes ese nombramiento y esos amplios poderes para organizar la Expedición, se los hubieran concedido, qué otra habría sido su suerte! A esas horas estarían ya reunidos los numerosísimos materiales, documentos y ejemplares sobre que debía redactarse la historia natural del Nuevo Reino, o cuando menos la grandiosa *Flora bogotana*; la faena trabajosa de recoger, clasificar y dibujar, labor propia de la edad vigorosa y gallarda, ya estaría concluida, y Mutis, con cincuenta

años a cuestras, podría dedicarse a pie quieto y en la paz de su estancia, a construir la síntesis razonada de tantos elementos y a coordinar sus variadísimas observaciones para exhibir, finalmente, un cuerpo de doctrina bien trabada. Por desgracia, Mutis, de treinta años no halló crédito, no logró estímulo, no fue auxiliado para llevar a cabo ese monumento de «amor nacional», como él mismo lo llama (37). Y a Mutis de cincuenta le sobraron cédulas, títulos y poderes del Rey, pero le faltó vida y le traicionaron las fuerzas.

Perseveró, no obstante, fiel a su vocación de naturalista y a la tardía comisión de su soberano, y en sus dos residencias sucesivas de Mariquita (38) y Bogotá se aplicó heroicamente a acrecentar su documentación y a allegar con ardiente codicia cuanto podía serle de provecho. Veinte mil muestras llegó a contener su herbario, refiere Caldas; hizo dibujar siete mil láminas de nuestras plantas; acopió cuatro mil folios de manuscritos; coleccionó maderas y especies, conchas minerales y fósiles; y, en una serie de cuadros al óleo cuyo paradero se ignora, dejó representados los animales del Nuevo Reino (39). A lo último, y como símbolo supremo de su espíritu, jamás abatido y siempre abierto a las lumbres de la universalidad ultraterrena edificó el observatorio. Mas, como si todo en la vida de Mutis tuviera que ostentar el sello del desinterés y de la abnegación, hay sólidos fundamentos para creer—y es el doctor Diego Mendoza quien lo anota—que de la mortuoria de Muris se pagó el costo de aquella atalaya de los cielos (40).

Habrà, quizás, alguno a quien la pompa y el ruido de estas conmemoraciones seculares, hagan pensar que no son sino un eco de otra tanta gloria que hubiera preservado a José Celestino Mutis de tristes desengaños, o por lo menos de algún amago de desilusión. ¡Qué engañado estaría! A veces me figuro que los centenarios se hicieron para extinguir remordimientos colectivos o para cumplir alegremente ciertos deberes de reparación y desagravio.

Que así sea en este caso, yo no entro a decidirlo; resólvendolo vosotros oyendo esta despedida de Mutis a Martínez Sobral que le instaba porque volviese a la Península:

«He renunciado años há a todas las ambiciosas miras a que suele ser inclinado el corazón de los mortales... la edad apaga los fuegos de la juventud, y mis particulares reflexiones cristianas han cortado de raíz las esperanzas de mi vuelta.... porque nada llena ya mi corazón, nada, sino el testimonio de una buena conciencia para esperar, si no a rostro firme, a lo menos con un ánimo prevenido, los últimos instantes de esta miserable vida (41)». Conocíais a Mutis como naturalista, y os habéis olvidado de que fue cristiano y sacerdote. Pues ahí le tenéis de cuerpo entero.

Cuentan los biógrafos de Mutis que domiciliado ya para siempre en Santafé en la postrimera etapa de su vida, fundó una escuela de dibujo para los niños huérfanos de esta ciudad (42). Esa, señores, es la última esperanza de don José Celestino. Y pienso ahora que alguna vez entró al recinto de su escuela, ya muy achacoso, desmejorada su robustez, inseguros los pasos, agobiado el busto y empañados los ojos por el vaho de la calentura. ¿Véis con cuánta fatiga se pára a examinar esas semillas que está dibujando un pequeñuelo? Tal vez serán las de la Mutisia que consagró su nombre en la botánica... pero los rasgos son tan rudos, la mano tan novicia, la observación tan inexperta!... Mutis alza los ojos y se queda en suspenso cavilando:... ¿cuántos de estos niños saldrán a correr los riesgos de la emancipación que se avecina, cuántos llegarán a la ribera ideal de la República, cuántos irán a engrandecerla perpetuando esta chispa de amor al suelo patrio?

Y Mutis otra vez se inclina sobre el niño y, guiándole la mano, corrige las líneas del diseño... lentamente....

NOTAS

(1) Mendoza (D. Diego) «Expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas», Madrid, 1909.

(2) Biografía de José Celestino Mutis, con la Relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Grana-

da.... por A. Federico Gredilla.... Madrid, 1911, pág. 336, nota 1.

(3).... procuraba destinar algunas horas para las lecciones públicas de Matemáticas y Filosofía Newtoniana, *que enseñe sin renta* alguna y sin interrupción desde el año 62, en que tomé posesión de la cátedra en el Colegio del Rosario asta fines del 66, siendo esta la primera vez que se oyeron lecciones de tales ciencias en el Nuevo Reino de Granada desde su conquista». «Memorial de Mutis al Arzobispo Virey». Santa Fe, 27 de marzo de 1783.

(4) Plan provisional para la enseñanza de las Matemáticas en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, formado de orden del Excelentísimo señor Arzobispo Virrey, por don José Celestino Mutis, Presbítero.... Gredilla., id. pág. 36.

(5) Gredilla, pág. 68.—Diego Mendoza, ob. cit., págs. 114-127.

(6) «Plan provisional....» Gredilla, pág. 35.

(7) «Plan provisional....» Gredilla, pág. 39.

(8) Mat. V. 48.

(9) «A media legua de Madrid, asustado el mulo por el ruido de las cuentas del rosario que iba rezando, me tiró a tierra. Tuve la felicidad de no sacar de este golpe otro daño que un buen aporreamiento de cuerpo. Mi caída fue del lado derecho, y tan fuerte, que aplasté una caja de tabaco, que traía en aquel bolsillo, pero salvando la cajita de la aguja imantada que llevaba en el mismo bolsillo y de mi rosario que llevaba en la mano; advertido ya tan a mi costa de las malas mañas del animalito, procuré ir sobre mí y con la advertencia correspondiente.—Relación diaria del viaje de Mutis desde Madrid a Santa Fe de Bogotá. Gredilla, pág. 402.

(10) Relación diaria.... Día 30 de julio de 1760.

(11) Relación diaria.... Día 1.º de agosto, pág. 408.

(12) «Diario del viaje marítimo de Mutis». Gredilla, págs. 426, 438 (día 24 de septiembre), 440 (28 de septiembre).

(13) «El silencio que ha guardado S. E. conmigo sobre este punto (las investigaciones botánicas y en especial las de la Quina) y la necesidad que ha manifestado de mi persona para la conservación de su salud, a don Félix de Sala, me confirman la desconfianza con que miro cerradas todas las puertas a la pretensión

que pudiera yo entablar solicitando algunas salidas».—Diario de observaciones de Mutis en Santa Fe.—Pág. 504.

(14) Relación diaria.... Día 21 de enero, pág. 473.

(15) Diario de observaciones. 24 de febrero a 26 de mayo de 1761, pág. 485.

(16) «Refirióse en una conversación de señoras criollas, señores criollos y chapetones.... que los animales venenosos no hacían daño a las mujeres preñadas».—Diario de observ. (12 de julio)—«que el orejón Herrera para detener unas evacuaciones y vómitos, hizo asar un pollito recién nacido untándolo con cera negra y dejándolo al fuego hasta que estuviese achicharrado, que después hecho polvos lo hacía tomar.... que el orín de un puerco sobre la arena, y de ésta hecha una tortilla o panecillo y aplicado al vientre curó una mujer.... (13 de julio).... díjome entonces que había curado uno (un coto) a un niño con el remedio comunicado por una vieja. Consistía éste en aplicar en el coto los orines de un perro negro» (30 de octubre).

(17) Diario de observ. 17 de julio a 28 de septiembre, pág. 502.

(18) Tomó posesión de la cátedra hacia el 13 de marzo de 1762. Se recibió de Colegial Formal en 1765, durante el rectorado del muy Ilustre D. D. Miguel J. Masústegui. Son de notar las siguientes palabras con que concluye la nota oficial de agradecimiento a la Consiliatura por el honor de la bēca:.... «....de oy en adelante será para mí más apreciable el distintivo de mi nueva investidura, que todos los títulos adquiridos en mi carrera literaria». Archivo del Colegio.

(19) Son palabras de Caldas en la oración que publicó en el «Suplemento al Semanario».

(20) Publicóse esta carta en los «Anales de la Sociedad Española de Historia Natural». Tomo IV, pág. 253. Gredilla, pág. 43.

(21) El parágrafo III del Tit. 1.º de los Estatutos que Mutis le dio a la Sociedad Patriótica en 1802, dice así: «Su instituto es conferir y procurar se pongan en práctica los medios que parecen más apropósito para fomentar al Nuevo Reyno de Granada en general, y a cada una de sus Provincias en particular, reduciendo sus miras a estos tres capítulos: 1.º La agricultura y cría de Ganados; 2.º La Industria, Comercio y Policía; 3.º Las Ciencias útiles y Artes liberales».

(22) Memorial al Rey, 20 de junio de 1764.

(23) Ordenóse en Santafé el 19 de diciembre de 1772. Gredilla afirma (pág. 102) que poco tiempo después «fue agraciado con una canongía en la Iglesia metropolitana de Bogotá, cargo que desempeñó a la vez que el de confesor de un monasterio de religiosas en dicha capital». Probablemente el de Santa Inés en cuya iglesia hay tradición que fue sepultado.

(24) «El gran charlatán aventurero de que hablo en mi anterior es uno de los muchos adozenados de la profesión: pero con la grāzia de aver dado en la manía de robarme mis Descubrimientos. . . . Es uno de los muchos entendimientos superficiales, que da gatazo por la desvergüenza con que se presenta entre las gentes para ocultar lo que es. . . . Qualquiera satisfacción que consiga será para echarmela en cara, y hacerme exercitar el continuado sufrimiento de quince años». Carta a D. Francisco Martínez Sobral. 19 de febrero de 1790. Gredilla, pág. 95.

(25) «. . . jamás allá me uviera resuelto (a abrazar el estado eclesiástico), ni me uviera convenido por las tentaciones de las altas y temibles dignidades; a que he podido aquí resistirme sin violencia». Carta a Martínez Sobral, 19 de diciembre de 1789. Gredilla, pág. 98.

(26) Gredilla, pág. 97.

(27) Gredilla, pág. 94.

(28) Informe de Mutis al Virrey. 15 de marzo de 1783. Gredilla, págs. 70-73.

(29) Carta de Mutis al Secretario del Arzobispo Virrey. 3 de marzo de 1788. Gredilla, pág. 194.

(30) Diario de observaciones. Día 20 de enero de 1762, pág. 531.

(31) 3 de marzo de 1788. Gredilla, pág. 194.

(32) Memorial al Virrey. 27 de marzo de 1783, pág. 170.— Diario de Mutis: día 30 de septiembre de 1766, pág. 143: «Mi condescendencia en venir a este voluntario destierro, abandonando la comodidad de la corte (que hasta ahora no he conocido que Santa Fe es corte). . . . Considerar despacio solamente la situación y fábrica de mi aloxamiento era bastante para cubrir mi corazón de la mayor confusión. Y como podría ser de otra suerte? No es para menos el verse metido en un nicho menos impropio para criar palomos que para contener un racional. . . .»

(33) Gredilla, pág. 129.

(34) «. . . olvidada y desatendida mi súplica por causa de los negocios graves del Ministerio, o por estar reservada para otra Epoca la Gloria de promover asuntos de esta clase (la Expedición Botánica), me resolví segunda vez a repetirla y esforzarla. . . . Posteriormente desengañado de la pequeña o ninguna aceptación que merecieron aquellos pensamientos o su autor, corrieron mis tareas con la lentitud proporcionada a mis espensas. . . . Procuraba sufrir mi suerte adversa con la dulce memoria de mis repetidos descubrimientos aprobados y celebrados en Suecia. . . . me consideraré feliz sin otros bienes que hallarme sin deudas, libre y desembarazado para continuar mis servicios, y en estado de no buscar por otro medio la satisfacción de mis créditos». (Habla aquí Mutis de una gratificación de dos mil doblones que pide a su Majestad para compensar «los gastos invertidos en veinte y dos años continuos»). Memorial al Arzobispo Virrey. 27 de marzo de 1783. Gredilla, págs. 166 a 175.

(35) Gredilla, pág. 165.

(36) La primera representación al Rey para que se ordenase la Expedición Botánica fue hecha por Mutis en el mes de Mayor de 1763 (Gredilla, pág. 21). Carlos III en 1.º de noviembre de 1783 la aprobó y nombró a Mutis Director de ella. Gredilla, pág. 176.

(37) Memorial al Rey de Mayo de 1763. Gredilla, pág. 21.

(38) Mientras Mutis estuvo en Mariquita vivió en perpetuo sobresalto así por los peligros que corrían sus colecciones como por su salud ya muy comprometida. De una carta suya tomamos lo siguiente: «He temido algunas veces quedar desnudo en la calle, con la irreparable pérdida de Biblioteca, láminas, manuscritos, y colecciones, por la imprudencia de este vecindario y poca vigilancia de algunos jueces en prohibirles, como lo tengo publicado, los voladores de fuego en sus frecuentísimas fiestas y festejos. . . .». «Es cosa maravillosa, por cierto, que hallándome así a las diez del día encendido, abrasado, de tan mal humor, que yo mismo no me puedo sufrir, y me descompongo más a fuerza de reprimirme, es cosa maravillosa, repito, que al entrar en el agua se disipa absolutamente todo, se corre como un velo, me vuelve la serenidad de ánimo y alegría de modo que no quisiera salir del baño; se me hacía duro perder allí tanto tiempo, pero me voy conformando con esta pérdida por lo mismo que con ella gano. Allí pienso, allí combino, allí progreso y a veces

recelo si saldré algún día dando saltos desnudo, suceso que sentiría por estos mal intencionados mariquiteños que no imitaron la sencillez de los de Siracusa en disculpar las distracciones de su [Arquímedes]. Carta a don Pedro Fermín de Vargas, 4 de mayo de 1787. Gredilla, págs. 191 y 198.

(39) Oración de Caldas en el «Suplemento al Semanario».

(40) Diego Mendoza. op. cit., pág. 132.

(41) Carta a Martínez Sobral de 19 diciembre de 1789. Gredilla, pág. 371.

(42) Gredilla, pág. 213. Hallábase esta escuela en la inmediata vecindad del Observatorio.

